

teca real y la de Fr. Piedro, adonde se van a estudiar.  
En Paris hay la Biblioteca Real, ó la del cardenal Richelieu, cuyos libros se cuentan 100 millores, y le dan a uno p'a leer todos los que pide, los dos horas que está abierta por la mañana. Es muy buena la del instituto; y hay otras como las del Colegio Mariana. Hay tambien gabinetes de lectura muy compuestos y fabrigados contora el frio, donde por una friseria, no solo lee uno todos los periodicos sino cuanto sale nuevo. Pide tambien libros portatiles, esto es, de poco volumen. Si uno es resistente de costumbre, en cuatro sueldos al dia, asisten allí por la mañana, y por la tarde y por la noche, en sus casas con su fuego y su hornito. Hay tambien librerias portatiles en que uno se asienta y por una friseria al mes se llevan de a su casa cuantos libros hagan necesitar. Nada de esto tan poco hay en Espana. Pero, carta de Paris.

## Capítulo 6º

Desde que sali de Paris hasta que volvi de Nápoles  
a Roma.

Nunca perdía yo devista a México, deseando volver a la patria. Así por Paris un correo de Espana

que se dacia iba a llamar de Roma al Sr. Vargas Lagnau, que era allí Ministro de Espana, para que lo pase de gracia y justicia en nuestra corte, por tener caballeros caballeros, aunque son de otras podes gracia de los Espanoles. Recien, padre del que se oido en Guadalajara, se las padio. Y como Vargas era mi amigo desde Madrid asturiano, partir a Roma ap. secularizarme y regresar a Espana en su embajada. Sali p'se de Paris en 1802 acompañado de un literato sardo, ó como se ellos dicen, español antiguo, porque lo fueron y aun quedaron en toda la Corteña la española es la lengua nativa, excepto en Calat (Cataluña) donde se habla catalán y hay siempre un diputado de Cataluña.

Entendí mi viaje de trecientas leguas, con una onza de oro, doble de lo que saqué de Madrid para Paris, y así como llegué a este en coche, también entre a Roma. Se deseará saber como sucedía esto, especialmente siendo yo incapaz de transpirar, engañar ni intrigar. No acabaría de contar las aventuras a que daban lugar mi fechoria, y mi tonillón. Pero había mucha caridad, especialmente en el sexo compasivo y devoto de las mujeres, con los sacerdotes tan desgraciados y perseguidos en la revolución. En ninguna ma'presa me recibian la fraga, y aun los carrejeros me llevaban la mitad que a los demás pasajeros. Hay tambien en Francia fuera de los coches de diligencia muchos modos

de viajar á muy prisa en b. Hay porcion de muchachos con unos caballitos que llevan pasajeros de un lugar á otro por pocos sueldos (los reales tiene veinticinco sueldos) y especialmente al retorno quieren de vicio. Hay los pataches, que son unos carritos, cubiertos, hechos de mimbres; son baratisimas y vienen. Como los lugares, y al menos las casitas de campo donde se vende de comer casi no se interrumpen por los caminos, y cada lado de estos hay arboladas, se camina tambien á pie sin fatiga. Se navega tambien gran parte de la Francia por los canales y ríos, y hay coches de agua que parten horas regladas, es decir, barcos planos con habitaciones y cocinas dentro, á precios muy comodos, y que tirados desde la orilla por caballos, corren al par de estos, y en ellos llevan á uno hasta quinientos veinte leguas por cuatro reales.

El río Sena divide á París por medio, formando en el centro una isla en que está la Catedral, y lo que se llama la Cité, ó el antiguo París, que era muy pequeño, cuando hoy su circuito, segundoción, tiene mucheleguas francesas. Por el Sena parten cada dia envarias direcciones coches de agua, y en uno de estos fui hasta Lons. De alli se marcha en carroja por el intervalo de uno ó dos dias hasta Chalon, y luego se vuelve uno ó dos dias hasta Amiens, antigua residencia de los

papas, cuando la tuvieron en Francia los setenta años que llaman los Italianos de cautividad babilonica.

Fui embarcado hasta Lons, y de alli atravesé la provencia en la raza de un coche, abrillado del sol, hasta Marsella, ayer en Nîmes en poco fuera el desfalso de Piñoles. Tendré la fortuna de que mi figura permanezca en la flor de mi edad, abrillante á mi favor las horas y las noches: el ser de un país tan distante como México, donde ha una especie de ser mitológico, que exalta la curiosidad y llamala la atención, mi genio profico, candoroso y abierto me conciliaba los ánimos; y en oyeandome hablar, para lo que yo procuraba comez en mesa o en cama, todos eran mis amigos, y nadie podía persuadirse que un hombre de mi instrucción y educación fuese un hombre ordinario. Me presentaba en las casas de la ciudad y como los franceses son muy amigos, de tenerla en la mano, yo procuraba á disfrutar la agena.

El extranjero es así mismo en Francia la mayor recomendacion, excepto si es italiano, cuya perficia es notoria. No he estado en ciudad alguna donde algun italiano no haya cometido algun asesinato ó robo de sus mismos bienhechores. Todos los franceses del rey de lo que sucede en Inglaterra y otras naciones, se fueron siempre á favor del extranjero en cualquier lanza contra sus propios nacionales, les abren con gusto

✓ Su casa, se hacen un deber de servirle; ofenderle es un  
delito, y se le ponen mil cosas, que a un francés no se le  
permitirían. Ni todo extrajero habla bien de Francia.  
En fin y como ayudaba con la limosna de la Alhisa que de-  
cía, no en virtud de mis títulos, que el cardenal Leon  
se tenía y tiene, ni tampoco en virtud de los títulos del  
Dor Mariana, porque cuando su Alhaya retirándose  
para Asís, me los envió a pedir para entregártelos  
a su familia, y se los mandé, sino en virtud de mis testi-  
moniales o dimisorias, de París.

En Marsella vi las mujeres, a lo menos del comun,  
con mantillas como en España; donde únicamente se  
usran. Yo también vi una colonia de Catalanes, otra de  
pues en Gibraltar, y donde quisiera que hay alquyo que pescar  
allí se encuentran, con este hábito. Yo también allí  
vi una ciudad fundada por los Griegos, si estás por  
la primera vez; que van a construir. No usan medias,  
levan una chaqueta o chiván, a manera de nuestros  
indios, llevan el pelo corto, y una especie de bozal  
o gorro encarnado con su bortita. Las mujeres usan  
una blanca, sin cariz, doradas, y de ojos grandes.  
Ellas y ellos tienen el mismo colorido de nuestros  
indios.

Partía de allí un pequeño buque para Cádiz  
necesaria, puerto del Estado Pontificio, pilotado por dos -

✓ 18.  
porques mercaderes, y me admitieron por un Luis de ore, es  
decir, por poco mas de cuatro pesos y medio. Aunque la tra-  
vío regular es de tres días, nos faltó viento, y con solo lo  
que se llama bonano llegamos en doce, visitados de los moros,  
que andaban pirateando por las costas pontificias.

Ya estamos en el País de la perfidia y el engaño, del  
parricidio, el del asesinato y el robo. Es necesario en Italia  
estar listos con sus cinco sentidos porque allí se mantie-  
nen de collaraz como ellos dicen los unos a los otros, es decir,  
engañarse. Nada iguala al contento que ellos nos extra-  
yan cuando se han burlado de algunos. Se celebran como una  
arana de su ingenio. La lengua es la mas aproposito  
para mentir, porque todo es cortecia y exageracion. Pta-  
lia es la patria de los tratancieros y los supertacitivos.  
Los son ilustrísimos y eficientes, y se la dan a uno, una  
sola cosa un poco decente. Si uno manda hacerse un par  
de zapatos, por ejemplo, se los llevan y tantas veces con el  
reto de la paga; y es necesario someterlo porque si no,  
aunque lo acaban, vuelven a otro dia a cobrarla, con des-  
vergüenza, y lo obligan a pagar de nuevo arriba y  
abajo, sin detenerse en purgarios.

Los dos porques comerciantes, yendo para Roma,  
me llevaron <sup>en</sup> un cabriole. Pero en orden a carrajes es  
necesario saber que cuando uno los compra les dijen, tan-  
to y la buena mano. Esta no es algun regalo querido.

hayas de dar voluntariamente, sino una cosa que si uno no la da se lo hacea pagar, por justicia, y si no tiene ni apurado su taraz, la suben arbitrariamente casi al igual del precio del carroaje, y no hay sino pagarla. Algunas veces el precio es necesario preguntar cuanto incluye la buena mano. Y no hay que entrar tampoco en una puerta, aunque sea súpice y se pase a calentar, porque bien yo le hagan si uno pagar la comodita, asi como en España no le hacen a uno pagar el ruido de los alfileres de la criada. Esta en Francia no hace mas que ir abierta si uno se apunta de la noche cuando va a montar para irse, y le hace muchas cortesias.

Los carroajes en Italia vuelan, al reber de España donde van paso a paso, y no andan mas que uno pie cada dia, parando tambien muchas veces para dar de comer a las mulas, porque estas regularmente son bendida la hacienda del cochero. En todo caso quando si Roma o saliendo de ella, es necesario correr sin parar treinta millas, so pena de uno acorralarse en este distrito, de adquirir una torriana. Todo es pintanos infestos, aunque cubiertos de verdadera. Jun en Roma durante el verano tienen que meterse dentro los monjes y habitantes de los suburbios. Ni se sale por las calles por las noches, sino una hora despues de anochecido, porta aria catita, que llaman aire infuso, y asi el pasajero

verano corriera si media noche. Todos andan en estropajo mascando quina, y el aspecto de la gente es como si acabaran de salir de un hospital. Los colores son tan fuertes como en Toledo, bajo cuya meridiana tambien Roma. Asi las mujeres no llevan mas que un tuniquillo sutil sobre la camisa, y dentro de las casas estan en cueros, o casi encueros.

Recien llegado me avisara uno con las horas por que decien U. gracia, que son las quince ó las diez y ocho, pues no cuentan como nosotros, sino, un gran sparte de la Homania, veinticuatro horas seguidas, comenzando a contar media hora despues de anochecer, y cuando es una hora sueltan un reloj. Si las horas del dia varian continuamente, conforme la hora del anochecer. Tan poco los relojes llegan a darse sino seis campanadas; y unico el de San Pedro dia desce como los nuestros, dicen los romanos que marca acaba de Dár.

Ya estoy en Roma sin titulos de orden sin convenciones y sin placer. El sargento de Espana pensando que lo tenia, me ayudo algunas dias. Se llama sargento de Espana, el que les da la guardia de sus soldados, que tiene una compania de soldados a sus ordenes, asi como jurisdiccion en el distrito de la Plaza de Espana, que es muy grande. No puedes entrar alli la justicia de Roma sin su licencia, por lo

ual las prostitutas, que no se permiten en Roma, y si mueren en el oficio, se entierran fuera de sagrada, se refugian en dichas plazas. Si para venir a cobrar la justicia se pide licencia al Ministro de la Hacienda, el Sargento les avisa por una contribucion anual que le dan en la Epifania, que es el dia de los Agustinos en Roma, y entonces se van a la Plaza de Teatino, otra jurisdiccion exenta, hasta que pasa la visita de los Ebanos. Y es cosa muy para notar, que el pueblo que en España e Inglaterra, se atreve y dejá maniatar de los alguaciles, pero se enfurece y hace frente a los soldados, en Roma se deja aprehender estos por que dicen que representan al soberano, y miraos como una infamia ser preso por los estímulos sanguinarios apredoros.

Yo traté desde el principio con juntas muy distinguidas, especialmente literatos; pero incapaz siempre de descubrir si nadie mi miseria, pasaba hombres mortales. ¿Se me dirá por que no me iba a algun convento de mi orden?; por que no tenía hermanos, ni papás porque en Europa es menester pagar lo que uno come en los conventos, porque con lo que yo había pasado en ellos me causaba terror, como uvas de Aciopis, y por que estaban arruinados por los franceses, y en los que no estaban del todo se habían

refugiado los cardenales, ó quienes la mesa Pontificia también destruida, no podían dar los donativos ó cuales romanos de alimentos. Toda Roma estaba en lamería.

El Cardenal Lorraine, que por sus rentas debió de no estar en ella, me mandó hacer un vestido, pero yo no estaba sin comer dos ó tres días. Divertiéla también a la Biblioteca fundada por el Cardenal Caronate en la Minerva, convento matriz de los Dominicos, llamado así por que su templo estaba sobre el antiguo de la Diosa Minerva, y a la biblioteca angelica fundada en San Agustín, por un obispo nacido que fué general. Estas son las bibliotecas mayores de Roma. De allí me iba á la Vila (Guia) Burgos dentro de un buen cuarto de legua, lavaba mi ropa y vería agua; hasta que durante una vez la mediodía abro lata cuatro días, me entró fiebre, y fui llevado con un dolor terrible a casa de hospital de los españoles, llamado Monasterio. Tienen dos en Roma, y tienen uno en Nápoles y otro en Viena; pero de ambos se han apoderado sus nacionales.

Me quisieron dar vomitorios en el hospital, y yo les dije que dicen primero Papa (asillan en Italia á la papa) para tener algo que

eban. En efecto, con solo los sobras me comité, por la  
devilidad de mi estómago; pero algo debió de quedar de  
mi y estuve bueno. Estando allí me llegó la noticia de  
una libranza de trescientos pesos, que me enviaba mi  
hermano de Montorey; porque con la poca de atención  
que abrió la correspondencia. Conecto un italiano hijo  
de un ex-fesuita español en el levi de su casa; pe-  
ro yo soy tan desgraciado, que la libranza se frustró  
por un incidente raro. Yo había escrito a mi hermano  
mis trabajos, y ese motivó la libranza; pero escribí  
también al Dr. Pombero de Méjico, y le decía que es-  
taba bien, ya por que él no había de remediar mi proble-  
ma, ya porque con ella si veían mi carta no se ale-  
grasen mis enemigos. Este le escribió la carta a mi her-  
mano, y creyendo mas lo que decía, un extranjero, que  
a él mismo revocó la libranza.

Con este contratiempo saqué mi Breve de faculta-  
rización, que desde España ya tenía pendido, dirigido  
al cardenal Dobrón y otro de habilitación para cura-  
dos, beneficios, y prebendas, dirigido al arzobispo Me-  
jicano. Tras de esto vale dinero en Roma, como tam-  
bién las reliquias, aunque sean cuerpos de santos, sin en-  
vargo de pañuelo siempre los agujetas. Con esta provi-  
sión determiné partir a Nápoles, con el fin de in-  
roducirme en la comitiva de la infanta que iba a

España para ser mujer de Fernando VII. El ex-fesui-  
ta Americano Noriega me socorrió para mi viaje,  
y me embarqué en el Liver, sobre un bargechuelo  
Calabris. El lastre, que llevábamos era de cincas, que  
dejamos en una isla llamada Portolanzo, y sin lastre  
carrinabamos para Ferrarina, cuando una tempe-  
stad que sobrevino nos puso en tal aprieto, que por  
un tris no nos ahogamos. Reculamos si quiebreremos  
al pie del monte Circe, donde yo pasé el resto de la  
noche recordando los pasajes de Homero sobre Ulises,  
y la encantadora Circe, que debió dar su nombre a  
aquel monte. Por la mañana fuimos a tener a la  
isla Ponza, que es una roca con una prisión una  
casa propia para detención de Martires, y creo que  
lo fue de don Marcelino Papa.

De allí a dos días, que avanzó el tiempo pro-  
siguimos el viaje, y desembarcamos en Nápoles,  
que presenta desde la mar una vista que solo la  
de Constantinopla es mas bella; pero ya habíame  
partido la infanta para España. Yo había compra-  
do un habitaje en la Minerva de Roma, mule  
puso y estrenándome un Lector de Sto Domingo  
de Nápoles en la calle famosa de Toledo (nombre  
que llevó el Viceroy Toledo, que aburrió el ultimo  
inca del Perú llamado. Sacri Fupac, porque así

conviene, me llevó si presentaría su Provincial. Era un  
realmente un español criado desde niño en Nápoles, y  
recomendó del convento del Rosario, a quien toca la hos-  
pitalidad de los que vienen por agua. Los frailes de  
Italia tienen educación y son afables. Habiendo con-  
vivido mi instrucción, corrion la voz y logré entre  
ellos una estimación general.

Después de los reyados de José Bonaparte y  
Murat se habían diminuido muchísimo los fra-  
les. Pero yo no había visto una chumma mayor, pues  
no daba quince pasos sin encontrar alguno. Los habia  
de treinta órdenes, y los dominicos solos tenian dentro  
de la ciudad conventos de tres provincias, pues habia  
doce conventos de frailes, y católicos de monjas, sin  
contar las monjas de casa, por que hay monjas que  
viven en sus casas, vestidas como las encerradas, y  
a quien se da en las iglesias el lugar preferente,  
que siempre se da a las Virgenes, consagradas a  
Dio. Tambien las beatas Dominicas, quienes en  
Italia llaman Mantecatas, llevan su capa larga, un  
gran velo sobre su tocado, y parecen monjas.

El populacho, que llaman lazzaronos, es  
muy hablador, rudo, sucio, y tan barbaro, que cuan-  
do despues de la primera invacion de los franceses  
en tiempo de la república, reconquistó purey a Nápoles,

siendo su general el cardenal Napo, a quien por roba-  
maban cardinales galates, y faltó el rey a la capi-  
tulacion, con que los nobles, ó patricios napolitanos le en-  
señaron la ciudad (bajo el pretesto bárbaro de quemar obli-  
gan las capitulaciones con los parajes) los lazzaronos  
tomaban el cuerpo decapitado de cada noble y lo lleva-  
ban <sup>ante</sup> a su casa, pidiendo a gritos que les echaran de ella  
pan para comerselo, y se le comian. Se vendian en la pla-  
za pública a cuatro gramos (cuartos) la lengua de carne  
humana, anchada de cuatro dedos. Solo si un obispo se  
se lo comieran; antes tuvieron muy a mal, quel rey  
lo alejase, cuando a los nobles seculares se cortaba  
solo la cabeza.

El acento con que hablan su gerga es muy desagra-  
dable. Ya se supone que en todas las provincias de cada reygo  
de Europa hablan su lengua con un acento muy diferente,  
pero en cada ciudad de Italia hay lo que los franceses llaman  
que los franceses llaman pato, y los españoles patán. Per-  
mitaseme. Lennikoseme una digresión sota, para hacer enten-  
der esto. Como la lengua latina era la lengua general en  
España, Italia y Francia, y estos reynos estuvieron divi-  
didos en muchas pequeñas soberanías, despues de la invacion  
de los bárbaros del Norte, fueron convenciendo en cada una  
de diferente manera el latin, y adoptando muchos terminos  
de los dominantes. En alguna provincia por ser de la